ÉPOCA IV — BARCELONA 4 DE DICIEMBRE DE 1918 — NÚM. 4

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts. | Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª | Paquete de 30 ejemplares . . . . 2'00 ptas. Suscripción: España, un trimestre. 2'00 » Extranjero . . 3'00 »

Batiburrillo internacional

Aunque ya parece haberse alejado el peligro de una guerra entre el Perú y Chile, vale la pena dedicar un comentario, siquiera sea este breve, al conflicto que se creyó inminente durante toda la pasada semana.

Parece ser que en Chile fueron atacadas algunas propiedades pertenecientes a peruanos y ello ha sido causa de que unos días se hablara de una probable guerra entre ambos países. ¿Otra guerra? ¿No habíamos convenido en que Europa se ensangrentaba porque fuera esta guerra que acaba, la última? ¡Unas propiedades de peruanos han sido atacadas por chilenos! ¿Os parece pequeño este motivo? ¿Acaso creéis que la guerra europea ha tenido objetivos más elevados? ¡Otra guerra, sí! ¡Y cuántas todavía mientras dure la organización burguesa, vístase ésta con ropaje imperial, o vístase con traje democrático.

Las multitudes chilenas o peruanas han estado expuestas a matarse, porque unas ajenas propiedades han sido atacadas. Estas multitudes, que materialmente hacen la guerra, ¿son propietarias de algo en alguna parte? El mundo entero, siguiendo el ejemplo, hasta ahora aún no finado, se hubiera dividido en *peruanófilos* y *chilenófilos*; se habría invocado la cultura, la lucha de razas (¿serán los chilenos y los peruanos de distinta raza?), la justicia, el derecho, la libertad...; se habría dicho que era aquella la última guerra, la definitiva, si ella hubiera tomado grandes proporciones. Todos los sofísticos postulados que han servido para enardecer a las ignorantes masas europeas, se habrían vuelto a esgrimir como poderosos, contundentes argumentos. Y sobre todo, Chile y el Perú, haciendo la guerra, habrían escrito el primer capítulo para la norma a seguir por la naciente Sociedad de las Naciones...

***

Habiéndose alejado el peligro de esa guerra, por el momento, queda la primacía del espíritu pacifista porque habrá de regirse la proyectada Liga de Naciones a Norte América, e inmediatamente después, a Inglaterra. El primero de estos países ha acordado construir, hasta el año 1920, 150 y tantos buques de guerra, de distintas clases, más de los que hasta ahora formaban su escuadra. El segundo ha dicho, por boca de su ministro de Municiones, Mr. Winston Churchill, en un reciente discurso, que «nada en el mundo, ni los argumentos más convincentes, ni los llamamientos seductores, deben inducirnos a abandonar nuestra supremacía naval». Y después: «Soy un abogado lleno de esperanzas y sinceridad, de la Liga de Naciones... Pero la Liga de Naciones no es un sustitutivo de la supremacía de la Marina británica. Es esta una cuestión ante la cual debéis manteneros en guardia. La supremacía naval es de vital importancia para nosotros»...

El pacifismo que había de ser nervio y síntesis de la cacareada Liga, se ve claramente, al través de la disposición yanqui y de la declaración inglesa. Apenas si ha terminado la guerra, y ya empiezan los vencedores a desenmascararse, igual que en caso contrario hubieran hecho los vencidos. Todos se preparan, todos se arman. ¿Acaso se prevé otro futuro conflicto? ¿Dónde, pues, aquel principio de que era la última, la guerra europea? ¿De que se hacía la guerra para imponer la paz definitiva? ¿De que se perseguía como objetivo primordial el derrocamiento del militarismo?

Chile y el Perú no han llegado a escribir con sangre, el primer capítulo de la Liga de Naciones. Lo han escrito, sin embargo, Inglaterra y Norte América, con ese programa naval la última, con esa declaracion de supremacía la primera, cosas ambas qne huelen a futuros derramamientos de sangre... a no ser que los pueblos voten en contra...

***

Empiezan a meditar los pueblos. La situación en que se ha colocado la Confederación del Trabajo de Francia primero, y después el partido Laborista inglés, dan de ello evidente prueba.

La actitud que ambas organizaciones, juntamente con el partido socialista alemán, observaron durante la guerra, no fué honrosa. Parecen darse cuenta de ello, ahora, cuando las burguesías han empezado a presentarse al desnudo, con todas sus ambiciones y todos sus cálculos y todas sus sordideces y todos sus egoísmos, tan inhumanos y tan antisociales. Así como el pueblo alemán, en la hora del desastre se ha sublevado, estos otros pueblos, en la hora de la victoria, se van percatando de que fueron, exactamente igual que los pueblos vencidos, miserablemente engañados; de que tendrán también que alzarse airados, al final, en son de protesta.

***

Si no fuera por este descontento y esta inquietud que se nota entre las multitudes de los países aliados, quizá a estas horas, no estando aún firmada la paz, se hubieran tirado ya, los gobernantes de estos países, los trastos a la cabeza, como suele decirse. Se observa la gran disconformidad que hay entre ellos, mejor dicho, entre las burguesías, a quienes sirven. Llegada la hora de repartirse el botín, todos quieren la mayor parte. Unicamente el temor de que el descontento popular tome giros maximalistas, les contiene. Al Japón, que apenas si ha intervenido en la guerra, le han cedido sus aliados todo lo que pedía. ¡Una gran parte del botín! De esta manera se ha solventado un probable conflicto. ¿Se podrán, del mismo modo, solventar todos? Acaso sí, porque estas burguesías inglesa, francesa, italiana y norteamericana, son hábiles; no se quitarán por el momento descaradamente, el antifaz con que han hecho la guerra, porque ello pudiera dar incremento al maximalismo; acallarán sus egoísmos; pondrán un freno a sus ambiciones; les obligará a este sacrificio el temor de perderlo todo. Pero en silencio, callada y arteramente prepararan las armas para el mañana, los más astutos; los más faltos de escrúpulos no ocultarán sus intenciones. Ahí están los Estados Unidos con su programa naval; ahí está ese discurso del ministro inglés, que es una contestación categórica, aunque indirecta, a aquel programa.

***

Teniendo en cuenta estos miles aspectos del final de la guerra, adviértese en seguida el por qué algunos periódicos de los países vencedores, y algunos también de los países neutrales que estuvieron y están vendidos a las burguesías de esos países (igualmente que había otros vendidos a los países derrotados; ¿os dáis cuenta del triste papel de estos periodistas?), tienen tanto interés en que sean importantes y extensas las anexiones. Suponen que de esta forma, todos podrán contentarse. Antes de que finara la guerra, para mantener viva en la multitud la indignación que la llevaba a matarse, se le hablaba de la necesidad de libertar al pueblo alemán, de imponerle las ideas democráticas; se hablaba también de justicia... Ahora, aquellos postulados se han olvidado. Se habla solamente de anexiones y de indemnizaciones. La prensa inglesa, tan comedida, es la que más hincapié hace en esta cuestión. Esa misma prensa que ahora exige, después de la Alsacia y la Lorena para Francia, otras muchas condiciones, es la misma que en 1870 decía a Francia, que lo menos que Alemania podía exigirle eran la Alsacia y la Lorena, provincias que según *Daily News* del 20 de agosto de 1870, Francia había robado a Alemania cuando el reinado de Luis XIV. También dijeron los periódicos ingleses en aquel tiempo que Alemania tenía derecho a apropiarse tanto terreno francés como creyera conveniente para asegurar la paz futura. (Ahorramos al lector los textos). Los mismos argumentos de ahora esgrimidos a la inversa. He ahí todo. De no existir latente descontento en los países aliados, ¡como surgiría entre ellos otro conflicto en el momento de repartirse las ganancias!

***

El maximalismo ha tenido la virtualidad de evitar, por el momento, ese conflicto. Hubiera empezado él, negándole al Japón sus exigencias. La antigua rivalidad de este país con los Estados Unidos se hubiera exacerbado. Y antes de ser firmada la paz, probablemente ambos países hubieran emprendido otra guerra... Las conveniencias comerciales hubieran llevado al lado de los dos beligerantes a otras naciones. Y así la matanza no habría cesado. Los objetivos de esta guerra habríanse visto más palpablemente que los de la que termina, toda vez que radicaría en el descontento de uno o varios países por el poco resultado práctico, de ganancia, obtenido en el pasado conflicto. Los gobernantes se han percatado de que el pueblo acaso no les obedeciera, influido por el ejemplo de Rusia, tan cercano.

La amenaza de esta otra guerra, ha quedado en suspenso; no se atreven a desnudar sus ambiciones en esta hora de inquietud; temen que los pueblos se percaten de sus ruines finalidades. Se preparan, entretanto, para mañana. Y como hoy es la influencia del maximalismo la que ha desbaratado en cierto modo los cálculos sórdidos, todos los países aunados se aprestan a derrocarlo, a combatir a ese imprevisto y poderoso enemigo.

***

En Rusia han desembarcado ya, en distintos puertos, fuerzas aliadas. Se dice que van allí a imponer el orden. ¿En nombre de qué? Admitamos que sean verdad todos los horrores que la prensa cuenta de Rusia; admitamos que sea igualmente cierto el terrorismo y el desorden y el caos. Los hombres que desataron el caos y el desorden y el terrorismo y los horrores de la guerra que acaba, ¿tienen derecho a recriminar a los rusos, suponiendo que sea cierto, lo que la prensa, al servicio de esos hombres, cuenta? Admitiendo, repetimos, que sea verdad todo lo que dicen que ocurre en Rusia, los únicos que tendrían derecho a censurar el proceder de aquellos hombres, seríamos los anarquistas, que no tenemos manchadas de sangre de la guerra europea, las manos. Pero las burguesías, los gobernantes, los negociantes de las naciones que guerrearon, ¿en nombre de qué orden van a combatir aquel *desorden*; en nombre de qué justicia combatirán aquel *terrorismo*; en nombre de qué armonía y solidaridad terminarán con aquel *caos*; en nombre de qué bondad, ni de qué ideas de humanidad, se opondrán a aquellos *horrores*? Por mucho mal, por mucho terror que traigan al mundo los rusos, apenas si llegarán a traerle una millonésima parte del que le trajeron las burguesías y los gobernantes coaligados para hacer la guerra que acabó; del que le traerán en el futuro, con otras guerras, si antes el pueblo no se ha alzado arrogante y enérgico pronunciando altivo un «¡Basta ya!» ¡Son llegados los tiempos en que no os necesitamos! Hasta aquí habéis expandido por el mundo el odio y la incomprensión y la infamia. Así como necesitabais de la explotación y la injusticia, necesitabais también de la guerra para seguir subsistiendo. Aunque tarde, nos hemos percatado del papel que en la humana tragedia representabais. ¡Basta ya! Ha llegado nuestra hora, que es la hora de la Humanidad. Sobre el informe montón de mentiras en que asentabais vuestras victorias se asentará ahora la razón. ¡La razón! ¡Temedla! Ella será la que os derrotará. Y entonces, después de esta derrota, los hombres empezarán a ser libres.

Si el que tan desnudas se presentan las ambiciones de las burguesías puede acelerar el advenimiento de esta libertad, bien venido sea el caos de encontrados egoísmos que ahora se debaten, callada o descaradamente, en toda la tierra, en el páramo triste y desolador que es actualmente la tierra.

Ciudadano y productor

Una Constitución es un peligro y no una garantía.
GIRARDIN

VIII

(Conclusión)

Aunque no entra en mi propósito, ni tengo competencia para ello, hacer el inventario de los conocimientos económicos, debo hacer algunas declaraciones pertinentes al plan que me he propuesto al desarrollar el tema.

Tiene el individuo necesidad como 20, por ejemplo, y sólo puede producir como 1, de lo cual resulta un déficit que imposibilitaría la vida si no se efectuara el auxilio recíproco.

Si el individuo produce como 1 es en el concepto de producir en una clase de productos; pero en esta clase única produce con exceso, y este exceso le proporciona recursos para adquirir lo que necesita y que los demás también tienen con exceso.

La sociedad, pues, es un agregado de productores que vive cambiando sus productos, satisfaciendo así las múltiples necesidades morales y materiales inherentes a nuestra naturaleza.

Son *productores*: los que cultivan las ciencias arrancando a la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte sublimizando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarnos a la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura atendiendo a todas nuestras necesidades corporales.

El sabio en su gabinete que estudiando intrincadísimos problemas, da con una solución que se traduce en un invento maravilloso; el geógrafo que desafiando las inclemencias climatológicas o de otra especie, se arriesga por el interior del Africa o desafía los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta; el paciente observador que con su potente genio y admirable constancia sorprende los misterios de la vida de los infinitamente pequeños, descubriendo importantísimas leyes para la ciencia y la industria; el artista cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita variedad de productos con que provee a todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, sufriendo toda clase de penalidades, atiende a nuestra subsistencia, y, en fin, cuantos hacen algo útil son *productores*, y únicamente por este concepto son miembros sociales.

Creo haber demostrado cual es el tipo social, el *verdadero socio*, si se me permite la frase.

He manifestado con cuanta claridad me ha sido posible que el *ciudadano* es una unidad ficticia, que en la historia representa el privilegio, que goza de los derechos civiles a expensas del trabajo del esclavo, siervo o proletario; del mismo modo que creo también dejar probado que la verdadera y positiva unidad social es el *productor*.

Cúmpleme ahora sacar la consecuencia final.

Las escuelas políticas que parten de la unidad *ciudadano* tienden a conservar en perpetua tutela al trabajador. Las antiguas lo declaraban francamente, considerando vil el trabajo. La moderna democracia cumple hipócritamente su misión sentando su igualdad en el sufragio, sin alterar las condiciones económicas de los individuos.

Las escuelas económicas que parten de la unidad *productor* sientan la base social en un terreno racional que iguala y dignifica a todos, y manteniendo esta igualdad con la firmeza de un principio indestructible llegarán a la solución del gran problema, y entonces tendrá cumplimiento la siguiente profecía de Proudhon: «En el porvenir se comprenderá más fácilmente la sociedad sin gobierno que la sociedad gobernada».

Mientras la organización, conservación y gobierno de la sociedad humana corran a cargo de la política, el trabajador, aunque se le llame ciudadano siempre será vasallo y siempre se verá obligado a alimentar una esperanza de emancipación.

Cuando la organización y conservación de la sociedad humana entren de lleno en el terreno de la economía, el hombre alcanzará su pleno desarrollo moral y físico, gozará de todos sus derechos en recompensa del cumplimiento de sus deberes como productor, y cada uno será una unidad de tanto valor como cada cual de las demás unidades, porque habrán desaparecido todas las desigualdades que la política creó, que la política conserva, que la política es incapaz de destruir.

A. LORENZO

DESPUÉS...

Nueva York, 21.—Mr. Woodrow Wilson ordenó que el día 28 de noviembre sea considerado como día de oración y acción de gracias e invita a todos los pueblos de la nación para que en dicho día cesen en sus habituales ocupaciones y den gracias a Dios, Soberano del mundo, en sus casas y en sus templos. Esta orden, firmada por el presidente y con el sello de los Estados Unidos y por el ministro de Estado, Roberto Lansing, está fechada en el distrito de Columbia a 16 de noviembre de 1918.—*T. S. H.*

—

Lisboa, 23.—El Gobierno portugués, accediendo a la invitación de los gobiernos aliados ha decidido enviar una expedición de soldados portugueses que acompañarán a los ejércitos aliados que han de ir a Rusia para ejércer funciones de policía, con el fin de restablecer la normalidad en aquel país.—*Radio.*

—

Nueva York, 24.—El almirante Tilor, jefe del departamento de construcciones marítimas, dijo que los buques construídos o que se construirán desde 1917 a 1920, suman trescientos cincuenta cazasubmarinos, 102 barcos patrullas, 35 o 40 submarinos, 50 dragaminas y cinco dreadnoutghs. Se calcula que en 1920 habrá 350 destroyers dispuestos a prestar servicio. Actualmente, los barcos que forman la flota de los Estados Unidos se elevan a un millar.

Vanguardia, noviembre, 1918

La candidez humana es tan grande como la humana granujería. Sin la primera no sería posible la segunda; sin ambas la sociedad no sería el cienpiés que tenemos a la vista, bautizado con el nombre de civilización para mejor disfrazar la tontería de los rebaños y la cuquería de los que les llevan a mal traer.

Aquí tiene el lector unas noticias telegráficas más que significativas si la gran masa humana pensara con su propio cerebro. Preguntemos: si la cacareada Liga de las Naciones ha de dar por resultado la paz entre los pueblos hermanados ya definitivamente para el trabajo, ¿a qué construir más escuadras? ¿No creen, pues, en esta paz futura, los que las mandan construir, y va a pasar lo que antes de esta guerra, en que diplomáticos, políticos y prensa burguesa pretendían justificar los grandes armamentos precisamente para asegurarla? «Si quieres la paz prepárate para la guerra», se decía, y la guerra fué la fija. ¿Se tiene o no se tiene la seguridad de que la guerra que acaba de terminar es «la última»? ¿Se emprendió contra *el* militarismo o contra *un* militarismo? ¿Fué para defender principios democráticos de ciencia, de trabajo y de derecho o para defender principios religiosos exactamente iguales a los que animaban arteramente el espíritu belicoso del militarismo prusiano? ¿Se ha destrozado media humanidad para acabar con las ambiciones de hegemonía política de unos pueblos sobre otros pueblos, como se ha hecho creer a las «galerías proletarias» para que se batieran, o para asegurar mejor la hegemonía económica de unas pocas democracias sobre otras que tendrán que ser satélites suyos forzados, hegemonía calcada en métodos de supremacía militar exactamente iguales a los que se dijo combatir? Si las pequeñas nacionalidades nacientes no han de temer ya los ataques de las grandes, ¿por qué continúan éstas armándose hasta los dientes si tienen vencido al enemigo imperialista? ¿No las obligarán con su ejemplo a imitarlas desconfiadamente gravando, como antes, todos los presupuestos nacionales? ¿Se arman las grandes naciones desconfiando de sus mutuas promesas de «lealtad gubernamental» considerando que el derecho que surja de la Liga de las Naciones será impotente *por sí solo* para asegurar la paz, otro «pedazo de papel» de fácil violación? En suma: ¿confiamos el porvenir a la fuerza de la razón o a la razón de la fuerza? ¿A la palabra o al cañón? ¿Al espíritu científico o a Dios? ¿A las voluntades humanas mancomunadas para el bien o al azar de los encontrados intereses? ¿Qué prometido *nuevo mundo* ha nacido, que lleva ya colmillos y garras como sus padres y masculla oraciones como sus abuelos? ¿Qué farsa va a ser ésta, señores directores de tragedias?

¡Imperialismo! ¡Democracia! ¡Qué bien suenan los nombres cuando son huecos como tambores! ¡Y con qué presteza se hacen matar las multitudes analfabetas por meras palabras! ¡Cuán fácil les es aún a las burguesías engañarlas y tenerlas contentas con las irrisadas pompas de jabón de sus políticos, socialistas inclusive!

Mirad si no: el mundo tiene que transformarse con esta guerra. Va a salir un *nuevo derecho*. ¿Cuál? Los abogadillos de

la política democrática no lo precisan con claridad meridiana. Su nuevo decálogo es brumoso como sus metafísicos rezos al dios de las batallas. Los *pueblos* van a ser, al fin, *libres* de sus destinos. La democracia les emancipa. ¿De quién o de qué? Los pueblos están compuestos de asalariados y de propietarios, de gentes que mandan en virtud de esta posesión y de gentes que tienen que obedecer en virtud de aquella miseria. De esta tiranía económica no hablan los decálogos democráticos. Mucho parlotear de solidaridad humana, de república y aún de socialismo, pero mucho abominar también de cualquier socialización o comunización de los bienes que quisiera intentar el *pueblo desposeído*. El pueblo, por lo visto, son ellos y nadie más que ellos, los que poseen; los demás mortales somos populacho, no tenemos derecho a un nuevo derecho, ni a concebir siquiera un derecho propio. A lo sumo, tenemos derecho a ser víctimas de una cruzada burguesa por el estilo de la que los demócratas, republicanos y socialistas de frac y guante blanco emprenden mancomunadamente por tierras de Rusia para restaurar allí el viejo derecho capitalista un poco maltratado, por los que no se resignan a ser eternamente desposeídos.

¿Cómo calificaremos la intromisión de estos Estados sedicentes democráticos que no respetando la voluntad de «la mayoría rusa» se proponen aplastar una «república socialista?» ¿Y cómo la de este *socialismo oficial* alemán que constituído en república halla poco grata la vecindad de la república *socialista* rusa y despide a su embajador? ¿Qué democracia es, pues, la de estos Estados belicosos que al mismo tiempo que aseguran por boca de sus políticos y de su prensa oficial que no quieren entrometerse en los nuevos asuntos políticos interiores de Alemania, desembarcan en Rusia y se entrometen *manu militari* donde la mayoría de un pueblo no les llama? ¿No dice bien claramente esta actitud que hay *dos* democracias, una verdadera y otra falsa: la del proletariado que no quiere el sistema capitalista de la burguesía y la de la burguesía que quiere que *impere* por doquier y a la fuerza su privilegio económico y se disfraza de demócrata para tener a su lado a los bobalicones que entusiasmándose con las palabras no ven los hechos que las desmienten? ¿No significa esto bien claro que la democracia de las burguesías es el imperialismo económico de las clases capitalista y propietaria y que, por consiguiente, su democracia no es «el gobierno del pueblo por el pueblo» sino «el gobierno del pueblo por la minoría burguesa», exactamente como en cualquier monarquía absolutista donde predomine una clase sobre otras? ¿No significa realmente que la libertad política sin la posesión económica *no da* al proletariado *soberanía* democrática alguna? ¿No quiere decir que todo este apostolado democrático con que se nos ha venido jeringando los oídos durante la guerra es la farsa más estupenda, más hipócrita y nauseabunda que haya podido inventar la burguesía para continuar teniendo *esclavizada* a la clase proletaria? ¿No quiere esto decir que este pretendido reformismo socialista con que los burgueses europeos y americanos prometen gratificar a sus rebaños sacrificados en la guerra no es tal socialismo ni conducente a él, pues de otro modo no irían a aplastarlo en Rusia donde tiene, sin ningún carácter anarquista, su mayor expresión de socialismo estatista? ¿No se ve bien claro que la burguesía es enemiga del socialismo integral, a pesar de todos sus antifaces demócrata-socialistas? A las burguesías no les asustan las etiquetas más radicales con tal de que les aseguren el disfrute de su privilegio económico.

Se dice que si por el terror ruso, que si el terrorismo de la república rusa... Puro pretexto. Si tanto les preocupa a estos gobernantes demócratas la suerte que puede caberle en Rusia a la clase capitalista, ¿había más que abrirle los brazos y acogerla hospitalariamente en sus Estados sin necesidad de llevar allá más pólvora para la guerra civil? Si las democracias burguesas se arrogan el derecho de expulsar a los anarquistas, ¿por qué no habría de arrogarse igual derecho contra los burgueses la democracia obrera socialista rusa constituída en autoridad? ¿O es que la ley de la mayoría es válida cuando la burguesía tiene las multitudes inconscientes obreras a su lado y no es válida cuando no las tiene? «Que se vayan a una isla desierta estos anarquistas descontentos de la actual sociedad», nos decían a nosotros los políticos y los periodistas, años atrás, asustados por los atentados cometidos por unos pocos anarquistas, no satisfechos aún de haberse votado en Italia la ley del *domicilio coatto*, en Francia las *lois scélerates*, en la Argentina la de expulsión y de entrada, en España la de sobre el terrorismo, etc. ¿Por qué no dan ahora aquel ejemplo de expatriación los burgueses rusos descontentos del maximalismo gubernamental? ¿Pretenden tener hasta el monopolio de la oposición y de la conspiración impunes? ¿Y por qué no se adaptan al nuevo medio social si tan evolucionistas se llaman los burgueses y tanto predican a los utopistas (?) revolucionarios que se atengan a la *realidad*? Y ahora mismo, cuando varios Estados sedicente demócratas y republicanos encarcelan y expulsan a los rusos, supuestos o reales *agentes* del maximalismo, ¿con qué derecho estos Estados meten sus *agentes armados* en Rusia? ¿Con el de la estupendísima lógica del más fuerte? ¿Cómo van luego a recriminar esta misma fuerza empleada por los rusos, estos políticos de sacristía y estos periodistas del burguesismo enternecido? ¿En nombre del «orden», de este orden capitalista que durante cuatro y pico de años se ha paseado sangrientamente por Europa? ¿De este orden groseramente burgués al que le salen a porrillo los conflictos económicos y políticos en todos los Estados? ¡Valiente principio, hermosa moral y elocuente finalidad para convencernos!

¿Está bien claro que los burgueses *no quieren evolucionar* sino *imperar* e *imponer*? ¿Que no les preocupa mayormente *la vida* de unos cuantos congéneres, sino *el reinado* de sus congéneres, y que todo este sentimentalismo actual es pura camama? ¿Está bien visto que la solidaridad burguesa no traspasa los límites de su clase y que son mentira sus apostolados humanitarios? ¿Está bien claro que no surge de esta guerra, por voluntad de las burguesías, un *nuevo derecho*, sino que toda su acción político-militar se dirige resueltamente a *conservar* y a serle posible *robustecer* el secular privilegio económico que heredó de la nobleza? ¿Y para este democratismo se habrán hecho matar los obreros y van a matar en Rusia a los proletarios socialistas que no quieren el imperialismo económico del privilegio burgués? ¡Qué triste papel el suyo y qué calificativo más denigrante les reserva la historia! Nosotros, que no somos maximalistas y que no quisiéramos ver implantado el maximalismo en nuestro país, pues tenemos de la evolución y de la revolución, de la libertad y de la justicia un concepto más amplio y más elevado, nos avergonzamos por ellos y protestamos de su acción liberticida.

Resultado: que no hay tal nuevo derecho. Porque no puede llamarse tal a los remiendos, a estas medias suelas y tacones caritativo-reformistas-democrático-sociales con que se pretenderá consolidar el derecho capitalista, verdadero y *único imperialismo* que no saben ver los papanatas que se entusiasman con la pirotecnia de la política que les arrodilla a los pies de monarcas y de presidentes de república abrazados triunfalmente.

Caen coronas, derribadas por otras coronas que prescinden de derechos divinos, y quedan los banqueros. Se derrumban sistemas políticos, pero queda el capitalismo. Se aplasta a una nación para entronizar sobre ella el comercio y la industria de otra, pero lo que se propuso hacer el imperialismo, por más que le salió mal el cálculo de la fuerza, arramblar con el mundo a cañonazos, lo hará la democracia capitalista. Monarquías y repúblicas se combaten cuando les conviene a la banca y al comercio y se abrazan cuando así quieren industriales y comerciantes.

El imperialismo teutón era detestable, detestabilísimo; convenido, ¿Pero no es menos detestable la hipocresía de esta barragana que le imita el *maquillaje* para tapar las arrugas de su derecho pretendidamente juvenil?

¡Libres los pueblos! Ya, ya se lo dirán de rezos y de escuadras, y sobre todo de tributos, los modernos redentores. Ni diez años tardaremos en ver armada otra sarracina. Que así como se dispararon los viejos fusiles que tenían que asegurar la paz armada del desequilibrado Equilibrio europeo, se dispararán también los nuevos fusiles que han de asegurar el flamante derecho de la vieja injusticia capitalista que mangoneará en esto de la Liga de las Naciones.

Las burguesías, estas burguesías demócratas que no creen al pueblo alemán actual bastante democratizado, a pesar de tanto sesudo socialistoide como se ha apoderado de su dirección política, no quieren saber nada del socialismo libertario que podría poner fin a las ambiciones y egoísmos individuales y nacionales. Se comprende. Pero las multitudes babiecas que forman el coro de papagayos en torno del nuevo decálogo que las excluye de la libertad y la posesión de los bienes materiales, si mañana se mueren de hambre o caen destrozados en nuevos campos de batalla, ¿a quién culparán de su credulidad? ¿Serán dignas de compasión? Murieron hoy por la mayor libertad y la mayor propiedad de sus «amos». Sus hijos continuarán siendo «esclavos», democratizados, pero muy esclavos. Si nuestros hijos no tuvieran que pagar solidariamente este futuro dolor, ¡cómo nos reiríamos de la estultez humana!

J. PRAT

NOTAS AL MARGEN

De aquellos polvos...

¡Por fin, llegó la paz! Pero así como el poeta dijo,

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!

la humanidad, que juzgada colectivamente no tiene tratos con las musas ni entrada de favor en el Parnaso, repite en endecasílabos, aunque en forma poco poética, desde que se firmó el armisticio:

¿Y si esto de la paz es una filfa?

Y tiene razón la humanidad para dudar de que la paz sea un hecho. Cesó la lucha en las trincheras; volverán a su hogar los que lo tengan; enmudecerá el cañón, y los hombres que volaron para competir con los buitres y se ocultaron bajo las olas para disputarles la presa a los tiburones, descenderán de lo alto y saldrán a la superficie, para vivir en su propio ambiente y olvidar poco a poco los hábitos contraídos durante la guerra. Esto será la paz para quienes iniciaron la matanza; para los mandones autoritarios que creen que no hay más guerra que la que ellos provocan, ni más paz que la que ellos mandan hacer.

Terminó la guerra reglamentada; pero otra guerra originada por la primera, hizo hace un año su aparición en Rusia, y cual mancha de aceite, amenaza extenderse por Europa muy a pesar de la voz de «¡alto el fuego!», dada por Wilson. Entrenados en el arte de la guerra, los hombres que hasta ahora cegados por el patrioterismo, alucinados por el espejuelo de la libertad, o lo bastante torpes para no comprender la pasada que les jugaban los amos del cotarro estatal, esos hombres, decimos, que e cuatro años de guerra aprendieron a despanzurrar al prójimo, han caído en la cuenta de que el enemigo era el compatriota y no el extranjero; y lo que antes hicieran en las trincheras, lo repiten con más o menos variantes en las más populosas ciudades de su propia patria. La guerra dictada por la diplomacia, fué para esos hombres como una academia; en ella les enseñaron a matar, y en demostración de lo bien que aprovecharon el tiempo, matan cuanto les viene a mano, con una destreza y una maestría que deja sorprendidos y estupefactos a los propios maestros.

Pero estos frutos, producto natural de la guerra iniciada, sostenida y concluída por la voluntad de las burguesías y los gobernantes, resultan ácidos, ásperos e indigestos para esas gentecillas que avaloran la vida de un hombre por la tierra donde nació. Matar a un general enemigo sería motivo de las más grandes recompensas para un soldado; pero si este mismo soldado le saca las tripas al sol a cualquiera de los causantes de su infortunio, entonces... ¡horror! Burguesías y gobernantes ponen el grito en eso que llaman orden social, que viene a ser el cielo de los satisfechos, y declaran solemnemente que es un asesinato lo que en el caso contrario habrían calificado de acción meritoria. ¡Matanza y no por mi casa! dicen a voz en cuello los directores del rebaño humano cuando la revolución asoma la jeta; nosotros dimos dinero para hacer la guerra diplomática, no para que el pueblo se metiera con nosotros.

Y esto es lo que ha ocurrido en Rusia, ha repercutido en Austria y está en auge en Alemania y tiende a tomar carta de naturaleza en otros países. Los ciegos, alucinados o torpes, se han apercibido de que el enemigo no estaba en los campos de batalla; lo tenían en casa. Y al volver a la razón y a la claridad han desviado la puntería y en vez de disparar de fronteras afuera, han disparado de fronteras adentro. Y cuando una guerra desaparecía por el foro del teatro mundial, otra guerra no prevista por los directores de escena ha hecho su aparición. La guerra entre naciones ha desaparecido por ahora, pero la guerra de clases tiene la palabra y, por lo que parece, tiene tela cortada para rato.

No sabemos, pues no somos profetas, hasta donde llegará el movimiento revolucionario producido por la guerra, aunque sí creemos que no ha de llegar a la meta que nosotros deseamos. Para llegar a la Anarquía, que es el punto de llegada señalado por nosotros, carece actualmente la humanidad de la agilidad mental necesaria, sin que esto quiera decir que el pesimismo se ha adueñado de nosotros, ni que por ver lejano el día de la total emancipación humana, dejemos de luchar. Hemos querido, sencillamente, poner de relieve en estas líneas que la burguesía europea, que no tuvo un gesto de piedad para los veinte millones de hombres muertos por su culpa, ha adoptado una actitud trágico-grotesca así que unos cuantos supervivientes de la gran catástrofe han exigido responsabilidades y se han declarado en rebeldía.

¿Que los revolucionarios han cometido tropelías horribles? ¿Que han incendiado, saqueado y asesinado? Tal vez, tal vez... ¿Pero les enseñásteis a algo más, que a saquear, incendiar y asesinar mientras los tuvisteis a vuestras órdenes? De aquellos polvos vienen estos lodos, dice el refrán; y pensad que del polvo de la guerra que vosotros extendisteis por el mundo se ha formado ese lodo revolucionario que hoy os salpica.

JUANONUS

EL SUFRAGIO

Todas las esperanzas que las predicaciones políticas hicieron concebir a los trabajadores sobre esta supuesta arma de emancipación, van resultando quimeras. No solamente el trabajador continúa siendo esclavo de los patronos, sí que también va resultándolo de los mismos a quienes vota. Los anarquistas hemos dicho siempre que sólo hay dos modos de esclavizar a los pueblos: por la fuerza o por la farsa. Esto, dicho así en crudo, parece una salida de tono; pero examinado el funcionamiento de la democracia, a la luz de la crítica, el sufragio se convierte en un sainete, según gráfica expresión del sociólogo Ingegnieros, o en una burla, según el socialista Guesde, antes de que se le ocurriera presentarse diputado, o hasta en uu arma de reacción, según Spencer. Pero esta farsa, inventada por la astucia de los políticos, dignos discípulos de los no menos astutos sacerdotes, para «cerrar la era de las revoluciones» e inaugurar la de la evolución pacífica —que nos la hagan buena en estos tiempos de guerras capitalistas y de guerras civiles—, si no ha emancipado al asalariado, ha encumbrado, en cambio, a toda una legión de vivos que comparten con los patronos la innoble tarea de domar rebeldías y sacar jugo amonedado del esclavo. Este cree que, en democracia, es el amo porque puede dejar sin reelección a los que traicionaron sus esperanzas, pero no ve que cuando se da cuenta de la traición, es tarde: ya le molieron las costillas. «Vota mejor», le dicen, y recomienza la farsa porque, votando, abdica su pensamiento y su acción en manos que, por puras que fueren, serán siempre, cuando no traicioneras, por lo menos ineptas. Con el sufragio, el votante es, pues, un cero para dar valor a unidades burguesas, o que aspiran a serlo cuando se llaman obreros. Un adorador de Mesías. Basta ver este mesianismo en los Parlamentos para darse cuenta de que el sufragio es... lo que leerá el curioso lector que quiera ahorrarnos repetir lo que, por pluma del camarada italiano Gori, dice de toda la acción política la crítica anarquista, a saber: que es el arte mezquino y repugnante de hacer y deshacer ministerios. Al rebaño le gusta esta comedia, y como su abulia y su miopía, son grandes, dificilillo vemos que vaya a abrir los ojos y empuñar la escoba un día de éstos. No nos queda más recurso que ir amontonando razones, análisis, pareceres, día tras día, perseverentemente. Y aquí van:

Vanidad del sufragio universal

En la materia que nos ocupa, la confusión entre el fin y los medios era casi inevitable. La observación de los contrastes que presentan los Estados de diferentes naciones y los Estados sucesivos de la misma nación, ha impreso fuertemente en el espíritu de los hombres la convicción que, cuando el poderío gubernamental está en manos de uno solo o de una oligarquía, éstos lo empléan en su beneficio y en detrimento de la masa. Es de temer que los ciudadanos que no detentan este poderío estén sujetos a restricciones y a cargas desproporcionadas, y privados de la libertad que pertenece a cada uno, reclamada por la equidad, y que no tiene más límites que las libertades análogas de todos, y se teme, al propio tiempo, una violación más o menos extensa de sus derechos. Habiendo enseñado la experiencia que una distribución más extensa del poder político lleva consigo una disminución de las violaciones, se ha identificado el mantenimiento de una forma popular de gobierno y el respeto de los derechos: el poder emitir un voto, instrumento de la defensa de los derechos, ha acabado por ser considerado como constitutivo de un derecho y la opinión general lo confunde con los derechos propiamente dichos.

Lo que decimos está fundado, porque los derechos propiamente dichos, ¿no se pisotean acaso sin escrúpulo en los países donde los sedicentes derechos políticos los poseen todos indistintamente? En Francia, el despotismo burocrático es tan pesado bajo la República que bajo el Imperio. Las exacciones y las vejaciones son numerosas y perentorias: un delegado de las *Trade-Unions* inglesas a un congreso de París, ha declarado que en Francia los atentados a las libertades de los ciudadanos se llevaban a un extremo que constituían «una mancha y una anomalía en una nación republicana». Igualmente en los Estados Unidos. El sufragio universal no evita la corrupción de los municipios que imponen tributos locales muy elevados y poco beneficio reportan al público; no detiene el desarrollo de las organizaciones que obligan a los electores a abdicar entre las manos de corredores o agentes electorales; no impide la reglamentación de la vida privada de los ciudadanos, a los que se ordena abstenerse de determinadas bebidas y permite que se tase pesadamente a la generalidad de los consumidores por medio de una tarifa prohibicionista, establecida en provecho de una débil minoría de industriales y obreros. El sufragio universal ni siquiera salvaguarda la vida humana: en varios Estados tolera asesinatos que reprimen apenas los agentes de la ley, expuestos a los golpes si intentan cumplir su misión. La extensión reciente del sufragio ha producido entre nosotros resultados poco diferentes de los que acabo de enumerar. Lejos de haber asegurado el mantenimiento más enérgico de los derechos humanos propiamente dichos, más frecuentemente los ha desconocido, con numerosas ingerencias extrañas y gravámenes considerables en detrimento de nuestro bolsillo.

Por consiguiente, se ha equivocado el camino, tanto nosotros como en el extranjero. No descubrimos ningún indicio de esta pretendida identidad: no la discernimos tampoco ni en el caso extremo en que los hombres hacen uso de estos sedicentes derechos políticos para despojarse de sus derechos propiamente dichos, como cuando el plebiscito que eligió a Napoleón III, ni cuando dejan atiborrar el cerebro de sus hijos con lecciones charlatanas de historias de reyes, a menudo a costa de una alimentación insuficiente y de una debilitación de su joven temperamento. Los sedicentes derechos políticos pueden servir para defender las verdaderas libertades, pero también pueden servir para otros usos, incluso para establecer la tiranía.

H. SPENCER

Justice, pág. 208-209.

El sufragio universal

Nada más triste ni más inexplicable que la fascinación que aún ejerce el sufragio universal sobre la generalidad de la clase obrera. En los países donde no existe estamos presenciando la lucha de los trabajadores para obtenerlo. En los países donde funciona, como en Francia, los trabajadores se declaran dispuestos a hacerse matar para conservarlo.

Y no obstante, si la historia de estos últimos años nos ha enseñado algo, es que la emancipación política del proletariado, tal como resulta de su admisión en el sugragio, es una solemne farsa; es que toda intervención electoral de la clase obrera se vuelve fatalmente beneficiosa para su enemigo: la burguesía.

Hace veinticuatro años que las urnas funcionan en Francia—en la Francia del 10 de agosto de 1792 y del 18 marzo de 1872—sobre los cadáveres de los sublevados de febrero, y ¿qué ha salido de esto?

La Asamblea nacional de 1848, que debía, apenas reunida, responder con el cierre de los talleres nacionales a la confianza de los obreros parisienses que pusieron «tres meses de miseria» al servicio de la República.

La dictadura de Cavaignac y los fusilamientos y las deportaciones de junio.

La presidencia de Luis Bonaparte y la expedición romana, en espera del 2 de diciembre.

La Asamblea legislativa de 1849, que no fué más que un largo complot contra el socialismo.

La presidencia decenal de Napeleón Bonaparte, en diciembre de 1851, y su lúgubre cortejo de obreros fusilados en las calles y deportados a la Guyana.

El Imperio en 1852, con la ley de seguridad general, el restablecimiento de la cartilla para el trabajador, como si fuese una prostituta, las matanzas de la Ricamarie y de Aubin, que Rochefort definió sarcásticamente «la extinción del pauperismo por medio de la supresión de los pobres»; y esta condena de la Oficina parisién de la Internacional que caracteriza todo un régimen: «Considerando, etc., que... el objetivo de los asociados estriba en el mejoramiento de la condición de todos los obreros sin distinción de nacionalidad, por medio de la cooperación, la producción y el crédito ..... se condena a .....» (Proceso de la segunda comisión: fallo del Tribunal supremo).

Los siete millones del plebiscito de 1870 y la guerra, la invasión, traducidas para el pueblo trabajador en una agravación del impuesto bajo sus dos formas: sangre y dinero.

La capitulación Trochu-Favre, y la República conservadora de 1871, que no cuenta más de dos años de existencia y que tiene ya en su activo:

París a sangre y fuego, los ametrallamientos de la Escuela militar y del cuartel Lobau, los fusilamientos un poco en todas partes, Satory y sus pelotones de ejecución permanentes, Brest, Lariont y sus pontones, la Nueva Caledonia y sus cuatro mil mártires, el sitio de la mitad del país, la disolución de las sociedades obreras en masa.

¿Qué ventajas ha reportado el proletariado francés de su actividad electoral, de su premura en hacer a cada elección «acto de soberanía»? ¿Acaso una elevación de los salarios, menos hambre, menos frío en el hogar, una existencia material más fácil? La estadística responde: la media de los salarios es por año de 743 fr. para los hombres y de 306 fr. para las mujeres (sastres) y de 568 fr. y 262 fr., respectivamente, para los zapateros. ¿Nos ha aportado, acaso, una disminución de las horas de trabajo, el tiempo para que uno pueda pertenecerse, instruirse, vivir, en una palabra? En nuestro arsenal legislativo encontraréis una ley Grammont protectora de los animales, pero la ley que proteje al productor, hombre o mujer, contra las exigencias homicidas del taller o de la mina, aún tiene que proponerse.

¿Tendremos siquiera mayor amplitud para movernos, para asociarnos, para trabajar para nuestra emancipación? Recordad la reciente ley contra la Internacional de los trabajadores, o contra cualquiera otra asociación que persiga igual objetivo, es decir, la supresión del esclavo blanco, el fin de la explotación del hombre por el hombre.

La verdad es que el trabajador actual, después de veinticuatro años de voto, después de una elección presidencial, tres elecciones legislativas republicanas, tres blebiscitos, cuatro elecciones legislativas imperiales, y no sé cuantas elecciones municipales y provinciales, ni es más libre ni está más cerca de serlo que el trabajador de 1847. Presa es de la misma miseria y con los mismos obstáculos choca. La revolución electoral del 24 febrero no tuvo efecto para él.

Y no podía ser de otro modo. En las actuales condiciones sociales, con la *desigualdad económica* existente, la *igualdad política*, como la *igualdad civil*, no tiene sentido alguno. Los *derechos* no tienen un valor, no representan realmente algo sino para los que tienen *medios* para hacerlos valer. ¿Qué me importa el derecho de ver si no tengo ojos, el derecho de ir y venir si no tengo piernas? Ahora bien, la clase obrera, socialmente hablando, ni tiene piernas ni ojos. Carece de los *medios* sin los cuales los derechos son puras mentiras.

De ahí la impotencia del sufragio universal, el cual, lejos de ayudar a la emancipación material y moral de los siervos del capital, no ha podido ni puede hacer más que dificultársela.

El sufragio universal no puede facilitar la emancipación de la clase obrera:

1.° Porque por soberanos que sean de derecho, una vez admitidos en el electorado, los trabajadores continúan dependiendo de hecho de la clase capitalista e instruída. «Votar según sus necesidades—escribió Edgar Quinet en su obra, *La República, condición de la regeneración de Francia*—, es un peligro. Si es obrero, perderá su rica clientela; si es campesino, le quitarán el arriendo de la tierra. La papeleta electoral le representa, si quiere votar libremente, el hambre de su mujer y de sus hijos». Es la candidatura burguesa obligatoria. Sin contar con que el candidato no obrero tendrá siempre sobre su rival obrero—a los ojos de la multitud—la superiodad de fachada, de apariencia, facilitada por tres años de universidad.

2.° Porque hasta admitiendo que los trabajadores fuesen bastante independientes, intelectual y materialmente para resistirse a las candidaturas burguesas y hacerse representar en la asamblea gubernamental por trabajadores, éstos, que no han recibido ninguna educación política y jurídica especial, fatalmente se verían burlados por sus colegas abogados. O si no, ved a Albert en el Gobierno provisional de 1848 v a Tolain en Versalles, el año pasado.

Obstaculiza, por otra parfe, esta emancipación, porque divide a los trabajadores, cuando precisamente no pueden salvarse sin la unión. Implica, en efecto, la oposición de un grupo obrero a otro grupo obrero. Así tenemos obreros electores republicanos, legitimistas y bonapartistas. En Suiza, al lado de obreros protestantes, hay los obreros católicos, otros son conservadores y otros radicales. En Italia habrá con la reforma electoral, electores mazzinianos y consortistas.

Y la solidaridad económica naufraga en estas discusiones políticas.

En la época del censo, la burguesía era un estado mayor sin ejército. El sufragio universal le ha dado este ejército electoral del que tenía necesidad para mantenerse en el poder.

JULIO GUESDE
(antes de ser diputado)

(Del *Almanach du peuple*, año 1873).

El sainete electoral

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores, son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del Hombre» muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa, Todo ello es de una desvergüenza patibularia o de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas, todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado, pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el Congreso, como si la diputación fuera una ganga o una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en esta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su viacrucis de enredos, promesas y discursos para... no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos le felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales; equivalen a la flor que luce en el ojal de un *compadrito* suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced a la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretenciones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos pel pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente en la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando el habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado a la Economía Política, a la Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

—No, nada de eso, repuso sonriendo.

—¿Entonces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

JOSÉ INGEGNIEROS

De *Al margen de la ciencia*, «un día de elecciones en París».

Las columnas de este periódico, que se honraron muchas veces reproduciendo las admirables críticas de Bonafoux, hónranse una vez más, ofreciendo a los lectores el último artículo que escribió para El Heraldo, *en donde la ironía, al juzgar a las distintas fracciones políticas, de todo el mundo y particularmente de España, tiene una tal fuerza de realidad si que también de firmeza, que aparece serena y contundente, al mismo tiempo que burlesca y un tanto despreciativa.*

Es la última lección, que Bonafoux ha dado a sus adversarios.

Mi posición... (¡Pon!)

Acababa yo de evacuar—militarmente hablando—el campo de batalla que han levantado en Trafalgar Square para reclamo del nuevo empréstito; campo de batalla en miniatura, que parece un nacimiento del Niño Dios, con una iglesia bombardeada y una casa rústica en cuya techumbre no queda una teja, y otras cosas así, cuando oí que voceaban el *Times* «con la captura de las escuadras francesa y española». ¡Cielos!—exclamé, y me abalancé al periódico.

Era un *Times* por el que pedían 60 céntimos, un «facsímile» del *Times* de noviembre 7, 1805, un *Times* chiquitín de cuerpo como *El Motín*; pero ¡qué serio, y qué distinguido, y qué inglés clásico, y... qué tiempos aquellos! La cortesía y la caballerosidad en el trato con los dos enemigos, y singularmente con el español, era característica de una gran raza y de una gran época, y al hablar de Nelson dice *The Times* que tan gran victoria es menor que la muerte de él...

Me gustó, y salí de allí pensando qué dirían de mis gustos añejos las izquierdas españolas. Porque me preocupan, sí, señor.

Advierte un periódico suizo que vamos a entrar en la época más pasional, y también más peligrosa de la guerra; y como susúrrase que los Gobiernos van a dar más soltura a la prensa—que no tiene demasiada que digamos,—es claro que yo, como cada hijo de vecino, que he visto, oído y observado, me propongo decir algo, y aun algos, de lo mucho que he ido dejando en el tintero. Bueno será, pues, que, curándome en salud, empiece por explicar mi «posición» con las derechas españolas, a las que nunca pertenecí, y con las izquierdas españolas, a las que tampoco pertenecí en la vida, aunque me dispensan el disparatado honor de reclamarme como suyo. ¡No es a la República burguesa, capitalista y militarista a quien defendían mi «*Campaña*», mi «*Heraldo de París*», etc.!

Por una defensa que Angel Samblancat hizo de mí en *El Diluvio*, me enteré:

1.° De que me han atacado las izquierdas, sin duda por no querer ser menos que las derechas, que tanto y tan bien me atacaron antaño.

2.° De que una revista socialista sacó su primer número, o sea para estrenarse, con un furibundo artículo contra mí.

Mi «posición» por este concepto ha crecido considerablemente. Si los ataques convienen siempre al atacado, porque prueban que está vivo y coleando, el hecho da sacarlo a la calle una revista como «atracción» de su primer número prueba la mucha estima en que el público lo tiene y la mucha popularidad de que goza. Si dicha revista necesitara otra «atracción» para otro número soso y anodino, yo podría hacerle una diatriba contra mí mismo, y resultaría mejor que el mencionado artículo.

«En España no se le ha hecho a Bonafoux un solo momento de justicia»—ha escrito alguien—; y así se explica que, consignando la prensa republicana que he hecho grandes servicios a la causa, jamás tuve, no ya un medro personal—que de eso no hay que hablar—, pero tampoco la menor mención honorífica. Es más; el único destino público, humilde y efímero que he tenido, como abogado, en mi larga y asendereada vida de periodista, me lo dieron las derechas, los reaccionarios. Don Antonio Cánovas del Castillo, a quien según es fama, hizo gracia una solicitud mía con el desplante de que me reventaban los conservadores en general y don Antonio en particular; pero que necesitando un destino, y siendo él quien los daba, a él me dirigía. Monárquicos son los periódicos, como este *Heraldo*, que me han remunerado más trabajos y dado libertad de emitir ideas que, en muchos casos, no son las suyas.

¿Que por qué siendo esto así no soy monárquico, conservador, reaccionario, en fin? Pues... porque no me da la gana. ¿Que por qué ataco ahora a los republicanos no españoles, puesto que los republicanos españoles son sencillamente un mito? Porque tales republicanos, en su mayoría, son unos indecentísimos burgueses, y porque, conmigo en particular, se han portado como unos cerdos. ¿Y que por qué ataco ahora a los socialistas no españoles, de quienes no tengo la menor noticia? Porque no son tales socialistas—como lo era Jaurés, a quien no me he cansado de elogiar,— sino nacionalistas disfrazados de socialistas.

«Si Bonafoux ha fustigado a tales o cuales gobernantes republicanos, será porque los ha encontrado poco radicales. Si ha combatido a los socialistas, será porque le parecen poco revolucionarios. De esto no me cabe duda—dice Samblancat—. Nosotros no podemos olvidar que las palabras más acres y más fuertes que se han escrito en castellano contra los reyes y contra los sacerdotes las ha escrito él; no podremos dejar de ver en él al defensor de Dreyfus, al defensor de Ferrer, al defensor de los martirizados de Montjuich, al defensor de los revolucionarios rusos y de los desesperados de la Comuna; no podremos menos de tener en cuenta que las condenacione más severas y los juicios más implacables sobre los políticos de la Restauración y los hombres de nuestra «debacle» los fulminó su pluma «sans peur et sans pitié», como la espada de nuestros voluntarios».

Abranse los periódicos internacionalistas puros del Sur americano, y raro será aquel que actualmente no reproduzca un artículo de los míos. ¿Qué me importa, pues, esa patulea de huelefondillos de ministros y de embajadores, esa rosca de chanchulleros que viven con vilipendio de subvencioncillas y momios? ¿Que se disputan grandes liberales, grandes demócratas, grandes izquierdistas? ¡Grandes farsantes sí qué! Por lo demás, ¡si nadie sabe de ellos en ninguna parte! ¡Tanto hablar de liberalismo! ¿Qué saben de eso ni qué les importa?

Cuando se recobre, si se restablece algún día, la libertad de escribir; cuando dejen hablar de las cosas pasadas y de las cosas presentes, de un mundo de cosas de las que esos caballeritos no tienen la menor idea, yo les limpiaré la vista de telarañas con el escobón de la cocina.

Entretanto, ¿qué hacer? Ellos se lo guisan y ellos se lo comen, puesto que pueden decir lo que les da la gana y nosotros no podemos decir esta boca es mía, ni siquiera para justificar nuestras intenciones.

Las cuales, por equivocadas que fuesen, siempre serían rectas y a prueba de vicisitudes y de amarguras, y no estarían incondicionalmente al servicio de ningún Gobierno ni de ningún partido. Porque la librea, tan lacayuna nos resulta en un palacio real como en un palacio presidencial.

LUIS BONAFOUX

Londres, 20 de octnbre.

Al pueblo

Nuestra voz

Ante los acontecimientos que actualmente se desarrollan en Europa, acontecimientos que absorven la atención de todos cuantos se preocupan de los problemas fundamentales que abarcan la cuestión social, no podíamos ni queríamos los anarquistas permanecer en silencio, y por ello nos dirijimos una vez más a la opinión, exponiendo nuestro parecer, analizando el momento presente y sentando afirmaciones futuras que puedan servir de base a cuantos quieran y puedan intervenir en la liquidación del viejo mundo y en la construcción del futuro.

Venimos una vez más los anarquistas a decir a la opinión pública, que los momentos son graves, gravísimos, de transcendencia jamás alcanzada, y que para ponerse a tono con los acontecimientos es preciso aportar soluciones concretas y claras, que despejen la incógnita que a todas las convulsiones envuelven, orientando, en sentido amplio y futurista, a las clases trabajadoras y a cuantos se interesen por resolver los problemas sociales.

Los momentos son difíciles para el mundo capitalista, que agoniza aplastado por el peso incalculable de sus crímenes y de sus torpezas; pero aún lo es más para los que queremos que el orden social, al salir de la crisis en que se halla, no vuelva a caer en los vicios y defectos que tanto hemos combatido y que a tantos de nosotros les ha costado, incluso, la vida.

Mirad, trabajadores, a vuestro alrededor y

la política democrática no lo precisan con claridad meridiana. Su nuevo decálogo es brumoso como sus metafísicos rezos al dios de las batallas. Los *pueblos* van a ser, al fin, *libres* de sus destinos. La democracia les emancipa. ¿De quién o de qué? Los pueblos están compuestos de asalariados y de propietarios, de gentes que mandan en virtud de esta posesión y de gentes que tienen que obedecer en virtud de aquella miseria. De esta tiranía económica no hablan los decálogos democráticos. Mucho parlotear de solidaridad humana, de república y aún de socialismo, pero mucho abominar también de cualquier socialización o comunización de los bienes que quisiera intentar el *pueblo desposeído*. El pueblo, por lo visto, son ellos y nadie más que ellos, los que poseen; los demás mortales somos populacho, no tenemos derecho a un nuevo derecho, ni a concebir siquiera un derecho propio. A lo sumo, tenemos derecho a ser víctimas de una cruzada burguesa por el estilo de la que los demócratas, republicanos y socialistas de frac y guante blanco emprenden mancomunadamente por tierras de Rusia para restaurar allí el viejo derecho capitalista un poco maltratado, por los que no se resignan a ser eternamente desposeídos.

¿Cómo calificaremos la intromisión de estos Estados sedicentes democráticos que no respetando la voluntad de «la mayoría rusa» se proponen aplastar una «república socialista?» ¿Y cómo la de este *socialismo oficial* alemán que constituído en república halla poco grata la vecindad de la república *socialista* rusa y despide a su embajador? ¿Qué democracia es, pues, la de estos Estados belicosos que al mismo tiempo que aseguran por boca de sus políticos y de su prensa oficial que no quieren entrometerse en los nuevos asuntos políticos interiores de Alemania, desembarcan en Rusia y se entrometen *manu militari* donde la mayoría de un pueblo no les llama? ¿No dice bien claramente esta actitud que hay *dos* democracias, una verdadera y otra falsa: la del proletariado que no quiere el sistema capitalista de la burguesía y la de la burguesía que quiere que *impere* por doquier y a la fuerza su privilegio económico y se disfraza de demócrata para tener a su lado a los bobalicones que entusiasmándose con las palabras no ven los hechos que las desmienten? ¿No significa esto bien claro que la democracia de las burguesías es el imperialismo económico de las clases capitalista y propietaria y que, por consiguiente, su democracia no es «el gobierno del pueblo por el pueblo» sino «el gobierno del pueblo por la minoría burguesa», exactamente como en cualquier monarquía absolutista donde predomine una clase sobre otras? ¿No significa realmente que la libertad política sin la posesión económica *no da* al proletariado *soberanía* democrática alguna? ¿No quiere decir que todo este apostolado democrático con que se nos ha venido jeringando los oídos durante la guerra es la farsa más estupenda, más hipócrita y nauseabunda que haya podido inventar la burguesía para continuar teniendo *esclavizada* a la clase proletaria? ¿No quiere esto decir que este pretendido reformismo socialista con que los burgueses europeos y americanos prometen gratificar a sus rebaños sacrificados en la guerra no es tal socialismo ni conducente a él, pues de otro modo no irían a aplastarlo en Rusia donde tiene, sin ningún carácter anarquista, su mayor expresión de socialismo estatista? ¿No se ve bien claro que la burguesía es enemiga del socialismo integral, a pesar de todos sus antifaces demócrata-socialistas? A las burguesías no les asustan las etiquetas más radicales con tal de que les aseguren el disfrute de su privilegio económico.

Se dice que si por el terror ruso, que si el terrorismo de la república rusa... Puro pretexto. Si tanto les preocupa a estos gobernantes demócratas la suerte que puede caberle en Rusia a la clase capitalista, ¿había más que abrirle los brazos y acogerla hospitalariamente en sus Estados sin necesidad de llevar allá más pólvora para la guerra civil? Si las democracias burguesas se arrogan el derecho de expulsar a los anarquistas, ¿por qué no habría de arrogarse igual derecho contra los burgueses la democracia obrera socialista rusa constituída en autoridad? ¿O es que la ley de la mayoría es válida cuando la burguesía tiene las multitudes inconscientes obreras a su lado y no es válida cuando no las tiene? «Que se vayan a una isla desierta estos anarquistas descontentos de la actual sociedad», nos decían a nosotros los políticos y los periodistas, años atrás, asustados por los atentados cometidos por unos pocos anarquistas, no satisfechos aún de haberse votado en Italia la ley del *domicilio coatto*, en Francia las *lois scélerates*, en la Argentina la de expulsión y de entrada, en España la de sobre el terrorismo, etc. ¿Por qué no dan ahora aquel ejemplo de expatriación los burgueses rusos descontentos del maximalismo gubernamental? ¿Pretenden tener hasta el monopolio de la oposición y de la conspiración impunes? ¿Y por qué no se adaptan al nuevo medio social si tan evolucionistas se llaman los burgueses y tanto predican a los utopistas (?) revolucionarios que se atengan a la *realidad?* Y ahora mismo, cuando varios Estados sedicente demócratas y republicanos encarcelan y expulsan a los rusos, supuestos o reales *agentes* del maximalismo, ¿con qué derecho estos Estados meten sus *agentes armados* en Rusia? ¿Con el de la estupendísima lógica del más fuerte? ¿Cómo van luego a recriminar esta misma fuerza empleada por los rusos, estos políticos de sacristía y estos periodistas del burguesismo enternecido? ¿En nombre del «orden», de este orden capitalista que durante cuatro y pico de años se ha paseado sangrientamente por Europa? ¿De este orden groseramente burgués al que le salen a porrillo los conflictos económicos y políticos en todos los Estados? ¡Valiente principio, hermosa moral y elocuente finalidad para convencernos!

¿Está bien claro que los burgueses *no quieren evolucionar* sino *imperar* e *imponer?* ¿Que no les preocupa mayormente *la vida* de unos cuantos congéneres, sino *el reinado* de sus congéneres, y que todo este sentimentalismo actual es pura camama? ¿Está bien visto que la solidaridad burguesa no traspasa los límites de su clase y que son mentira sus apostolados humanitarios? ¿Está bien claro que no surge de esta guerra, por voluntad de las burguesías, un *nuevo derecho*, sino que toda su acción político-militar se dirige resueltamente a *conservar* y a serle posible *robustecer* el secular privilegio económico que heredó de la nobleza? ¿Y para este democratismo se habrán hecho matar los obreros y van a matar en Rusia a los proletarios socialistas que no quieren el imperialismo económico del privilegio burgués? ¡Qué triste papel el suyo y qué calificativo más denigrante les reserva la historia! Nosotros, que no somos maximalistas y que no quisiéramos ver implantado el maximalismo en nuestro país, pues tenemos de la evolución y de la revolución, de la libertad y de la justicia un concepto más amplio y más elevado, nos avergonzamos por ellos y protestamos de su acción liberticida.

Resultado: que no hay tal nuevo derecho. Porque no puede llamarse tal a los remiendos, a estas medias suelas y tacones caritativo-reformistas-democrático-sociales con que se pretenderá consolidar el derecho capitalista, verdadero y *único imperialismo* que no saben ver los papanatas que se entusiasman con la pirotecnia de la política que les arrodilla a los pies de monarcas y de presidentes de república abrazados triunfalmente.

Caen coronas, derribadas por otras coronas que prescinden de derechos divinos, y quedan los banqueros. Se derrumban sistemas políticos, pero queda el capitalismo. Se aplasta a una nación para entronizar sobre ella el comercio y la industria de otra, pero lo que se propuso hacer el imperialismo, por más que le salió mal el cálculo de la fuerza, arramblar con el mundo a cañonazos, lo hará la democracia capitalista. Monarquías y repúblicas se combaten cuando les conviene a la banca y al comercio y se abrazan cuando así quieren industriales y comerciantes.

El imperialismo teutón era detestable, detestabilísimo; convenido, ¿Pero no es menos detestable la hipocresía de esta barragana que le imita el *maquillaje* para tapar las arrugas de su derecho pretendidamente juvenil?

¡Libres los pueblos! Ya, ya se lo dirán de rezos y de escuadras, y sobre todo de tributos, los modernos redentores. Ni diez años tardaremos en ver armada otra sarracina. Que así como se dispararon los viejos fusiles que tenían que asegurar la paz armada del desequilibrado Equilibrio europeo, se dispararán también los nuevos fusiles que han de asegurar el flamante derecho de la vieja injusticia capitalista que mangoneará en esto de la Liga de las Naciones.

Las burguesías, estas burguesías demócratas que no creen al pueblo alemán actual bastante democratizado, a pesar de tanto sesudo socialistoide como se ha apoderado de su dirección política, no quieren saber nada del socialismo libertario que podría poner fin a las ambiciones y egoísmos individuales y nacionales. Se comprende. Pero las multitudes babiecas que forman el coro de papagayos en torno del nuevo decálogo que las excluye de la libertad y la posesión de los bienes materiales, si mañana se mueren de hambre o caen destrozados en nuevos campos de batalla, ¿a quién culparán de su credulidad? ¿Serán dignas de compasión? Murieron hoy por la mayor libertad y la mayor propiedad de sus «amos». Sus hijos continuarán siendo «esclavos», democratizados, pero muy esclavos. Si nuestros hijos no tuvieran que pagar solidariamente este futuro dolor, ¡cómo nos reiríamos de la estultez humana!

J. PRAT

NOTAS AL MARGEN

De aquellos polvos...

¡Por fin, llegó la paz! Pero así como el poeta dijo,

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!

la humanidad, que juzgada colectivamente no tiene tratos con las musas ni entrada de favor en el Parnaso, repite en endecasílabos, aunque en forma poco poética, desde que se firmó el armisticio:

¿Y si esto de la paz es una filfa?

Y tiene razón la humanidad para dudar de que la paz sea un hecho. Cesó la lucha en las trincheras; volverán a su hogar los que lo tengan; enmudecerá el cañón, y los hombres que volaron para competir con los buitres y se ocultaron bajo las olas para disputarles la presa a los tiburones, descenderán de lo alto y saldrán a la superficie, para vivir en su propio ambiente y olvidar poco a poco los hábitos contraídos durante la guerra. Esto será la paz para quienes iniciaron la matanza; para los mandones autoritarios que creen que no hay más guerra que la que ellos provocan, ni más paz que la que ellos mandan hacer.

Terminó la guerra reglamentada; pero otra guerra originada por la primera, hizo hace un año su aparición en Rusia, y cual mancha de aceite, amenaza extenderse por Europa muy a pesar de la voz de «¡alto el fuego!», dada por Wilson. Entrenados en el arte de la guerra, los hombres que hasta ahora cegados por el patrioterismo, alucinados por el espejuelo de la libertad, o lo bastante torpes para no comprender la pasada que les jugaban los amos del cotarro estatal, esos hombres, decimos, que quilo y sereno, para saltar por encima de todas estas canalladas y seguir paso a paso nuestras ideas de redención, únicas que tienen que tirar por tierra tanto mal y tanto villano que pesa sobre la humanidad.—*Uno del pueblo.*

Maremágnum

Ingresamos en la sección de donativos 100 pesetas como beneficio de la venta de libros y folletos.

Obran en nuestro poder las siguientes cantidades, a las cuales no podemos dar aplicación por desconocer a los remitentes y no haber recibido carta alguna explicando el destino que debe dárseles.

Coruña, E. Sotés, 18'50 pesetas; Nerva, V. Paz, 9; Ríotinto, A. Gomez, 6; Málaga, C. Antín, 6; Granada, E. Moreno, 4, Sevilla, González, 11.

Suscripción que se ha abierto en Nerva para sufragar los gastos que se les origine a los excursionistas durante su permanencia en ésta:

Gregorio Delgado, 0'50 ptas.; Manuel Martín, 0'25; Un bevelo, 0'10; Uno que no bebe, 0'20; Un neutral, 0'10; Bernandino Cordero, 0'25; Angel Romero, 0'25; Francisco Figueras, Juan Penco, 0'40; Avelino Pavón, 0'25; Pablo Fernández, 0'25; Cristóbal Sánchez, 0'25; José Tomillo, 0'25; Uno, 0'25; Manuel Pinto, 0'25; Una recolecta en el Centro, 1; Reyes Jara, 0'25; Miguel García, 0'25; Francisco Barba, 1; Domingo Pérez, 0'25; Miguel García, 0'15, Teodoro Trigos, 0'25; Francisco Rius, 1; Pablo Domínguez, 0'50; Eduardo Toro, 0'40; Eulogios Flores, 1; Dalmacio Frías, 0'20; Vicente Arachilla, 0'25; Antonio Domínguez, 15; José Claré, 0'50; Dalmacio Frías, 15; Miguel García, 0'15; Un burgués, 0'25; Juan Penco, 0'50; José Muñoz, 0'25; Bernardino Cordero, 0'50; Gremio de Albañiles, 5; Dalmacio Frías, 0'10; Fondo del periódico *Rebelión*, 2'70; Miguel Lafuente, 0'65; Vicente Moreno, 0'50; Recolecta en la Escuela, 0'60; de una rifa, 0'20; El Soco, 0'25; Cecilio Rodríguez, 0'15; Juan López, 0'30; X., 0'20; Miguel García, 0'10; Diego Fernández, 0'30; Federico Pérez, 0'10; Emilio González, 30; Victoriano Giner, 0'25; Dalmacio Frías, 0'25; Bernardino Cordero, 0'25; Recolecta 7 noviembre, 0'50; Recolecta 10 noviembre, 0'65; Andrés Moreno, 0'50; Manuel Barea, 0'50; José Domínguez, 1; Aquilino Flores, 0'50; Juan Penco, 0'25; Lorenzo García, 0'20; Cecilio Rodríguez, 0'10; Francisco Ortega, 0'20. Total: 30'20.

NOTA: Si algún compañero o donante tuviese que hacer alguna reclamación, diríjase a Gregorio Martín Durán, Pacífico, 71, Nerva.

Se ha puesto a la venta el folleto del compañero Román Cortés *Naturismo.—Medicina Natural.*

Los pedidos pueden hacerse a *Solidaridad Obrera*, Mercaders, 25, Barcelona; *La Guerra Social*, Fresquet, 39, Valencia; Revista *Helios*, Torno de San Gregorio, 22, Valencia, y en la Coruña, a J. Dopico, Cordelería, 32.

Las 4'05 pesetas que aparecen en Correspondencia, enviadas por el grupo «Helios, de La Línea, han sido recaudadas en la forma siguiente:

Manuel Ruiz, 0'30; Antonio Moreno, 0'25; Miguel Guillén, 0'20; Julio San Martín, 0'50; Dionisio Villalta, 0'25; José Suárez, 0'50; Antonio Moreno, 0'25; Andrés Holgado, 0'30; Un municipal, 0'20; Un socialista revolucionario, 0'25; José Moya, 0'25; Eduardo Puche, 0'30; Un mártir, 0'50.

El grupo «Ferrer», de Abercrave, nos envía 26 chelines para paquetes y excursión de propaganda, recaudados en esta forma:

A. Esteban, 1; M. Martín, 1; G. Guerrero, 1; J. Casimiro, 1; A. López, 1; P. Rodríguez, 1; M. Esteban, 1; N. Escribano, 1; J. Escribano, 0-6; A. Barros, 0-6; E. Rodríguez, 0-6; M. Casas, 1; J. Raño, 1-6; J. Raño, 1-6; R. Sánchez, 2; Un inglés, 1; A. Coello, 1; E. Martín, 1; G. Silva, 0-6; Petra Dueñas, 6.

Quien sepa el paradero de Juan Mañé, que residía en Lyón, enviará su dirección, y en caso de que él lea esto, escribirá a Rafael Ballester, García de Paredes, 39, 3.º, interior, derecha, Madrid, para comunicarle un asunto.

Avisos a periódicos

La Razón del Obrero, mandará 2 ejemplares a Cayetano Vega, fábrica de hierro, Pedroso (Sevilla).

—*La Guerra Social* enviará 1 suscripción a Alfonso Delgado, calle Botica, Cañete de las Torres (Córdoba).

—*Acracia* enviará 5 ejemplares a Arnaldo Lladrés, calle Alicante, 6, Molina de Levante, Palma de Mallorca.

—*Cultura Obrera*, de Nueva York, *La Guerra Social* y *Acracia* enviarán una suscripción a Lorenzo Yagüe, Rue Barres, Servian (Francia)

—*La Voz del Campesino, Acción Solidaria* y *La Razón del Obrero*, enviarán 1 suscripción a Antonio Barrera Vallejo, fábrica de hierro de El Pedroso (Sevilla).

—*El Corsario, Solidaridad Obrera, La Lucha* y *Helios*, enviarán una suscripción a F. G. Roaz, Mercedes, 9, Dehesa Ríotinto (Huelva)

Donativos

	Pesetas
Algeciras.—Aurelio Delgado 1; Fabián Martí 1'50	2'50
Valverde del Hierro.—J. Fernández Alvarez	5'00
La Línea.—Grupo «Helios»	1'00
Cañete de las Torres.—Alfonso Delgado	1'40
Laredo.—Anselmo Escribano	5'00
Huelva.—Antonio Pérez	0'50
San Sebastián.—Francisco Baldo.	0'50
Belmez.—José Rodríguez Capitán	1'00
Barcelona.—M. S. A. 0'40; Herrero 0'50; G. D. P. A. 7'10, Ramo de Elaborar Madera, 4.ª parte de una indemnización patronal 12'50; beneficio de venta de libros y folletos 100	120'50
Puerto de Luz.—Grupo «Nuevos Rumbos»	3'00
Total	140'40

La Salud por el Naturismo

La revista *Helios* ha editado nuevamente este libro, que tan buena acogida tuvo en su primera edición.

Véndese al precio de 2'50 pesetas ejemplar.

También ha reeditado *El Cólera, la diarrea y enfermedades análogas*, por Luis Kuhne, a 50 céntimos ejemplar.

Pueden hacerse pedidos a esta Administración.

Correspondencia

Coruña.—S. A. Recibidas 51'05; libros 33'75 y paquetes 27'60.

Sevilla.—L. S. Id. 11'50; libros 6'50 y paquetes 5. Pagado el 408, sobran 0'30.

Algeciras.—A. D. Id. 27; donativo 2'50; presos 0'50 y paquetes 23. Pagado el 404, falta 1 peseta. El periódico no se publica. No hay retratos de A. L.

Ferrol.—E. C. Id. 6 por paquetes. Pagado el 405.

Badalona.—A. T. Id. 9 por íd.

Valverde del Hierro.—J. F. Id. 25; *Acracia* 7; presos 5; donativo 5 y suscripción 8.

Alhaurín.—J. G. Id. 5 por paquetes.

Campillo.—T. C. Id. 25; folletos 5 y paquetes 20. Pagado el 406, sobra 1'30.

La Línea.—J. S. Id. 27'20; *La Guerra Social* (de J. Sanmartín 6; de E. Puche 6 y donativo 5'15) 17'15; *Helios* (del grupo «Helios» para el Congreso de Portugal) 3; para *El Corsario* (del grupo «Helios») 3'05; donativos 1; presos 1 y excursión 1.

Jerez de la Frontera.—J. B. Id. 50'65; libros 42'65 y paqnetes 8. Pagado el 406.

Villacarrillo.—P. A. Id. 6 por paquetes. Pagado el 394.

Puerto de Luz.—A. G. Id. 12; excursión 8; donativo 3 *Solidaridad Obrera* 1'50; libros 4'50.

Abercrave.—Id. 2-6 libras por las que dieron 54'20 pesetas. En la carta solo nos habláis de 26 chelines: excursión 15'40 y paquetes 39. Fijaos en que la libra que recibimos de más, según vuestra cuenta, la abonamos por paquetes.

Cabezarados.—E. O. Id. 20 por libros y paquetes.

Balaguer.—J. P. Id. 6 por suscripción. Conformes con el pago en sellos.

Cijuela.—M. B. Id. 20; libros 15; *Solidaridad Obrera* 3 y suscripción 2.

Cañete de las Torres.—A. D. Id. 11; papeletas y folletos 3; retratos 3'60; *La Guerra Social* 1, donativo 1'40 y paquetes 2.

Borjas Blancas.—S. O. Id. 5 por paquetes.

Vinebre.—A. J. Id. 18; excursión 2 y paquetes 16. Pagado el 415.

Ulldemolins.—D. E. Id. 25 por paquetes. Pagado el 397.

Palma de Mallorca.—G. «Sembrando flores». Id. 20; Comité Escuela Racionalista de Tarrasa 10 y libros y paquetes 10.

Santander.—E. C. Id. 2 por suscripción.

Barcelona.—L. I. Id. 12; *Cultura Obrera* 3; *Acracia* 3; *La Guerra Social* 3 y suscripción 3.

Barcelona.—M. S. Id. 5 por suscripción.

Rute.—C. M. Id. 4 por íd.

Pola de Laviana.—I. A. Id. 20 por íd. Pagado el 309.

Ribas.—V. P. Id. 2'10 por suscripción.

Osuna.—G. «Amor y Libertad». Id. 3 por paquetes. Pagado el 405.

Cocentaina.—V. M. Id. 8 por íd. Id. el 405.

Escucha.—C. G. Id. 10; *Solidaridad Obrera* 4 y suscripción 6. No tenemos los retratos que pides.

Ferrol.—E. C. Id. 15'70 para excursión.

Barredos.—C. P. Id. 78; *Solidaridad Obrera* 10; *La Guerra Social* 5; libros 55 y paquetes 8.

Laredo.—A. E. Id. 25, *Solidaridad Obrera* 10; excursión 5; donativo 5 y suscripción 5.

La Línea.—M. B. Id. 15; folletos 5 y paquetes 10. Pagado el 406.

Eibar.—G. D. Id. 12'20; retratos 1'20; *La Guerra Social* (le dirá como está de cuentas) 8 y paquetes 8. Pagado el 407.

Alicante.—R. B. Id. 16 por paquetes. Pagado el 397.

Huelva.—A. P. Id. 7; excursión 0'50; donativo 0'50; Comité Racionalista de Tarrasa (de Juan González 1 y tuya 1) 2 y paquetes 4.

San Sebastián.—F. B. Id. 5; excursión 0'50; donativo 0'50 y suscripción 4.

Falset.—J. M. D. Id. 10 por paquetes. Pagado el 408.

Infiesto.—B. V. Id. 2 por suscripción.

Córdoba.—M. M. Id. 95'50; excursión 33'50 y paquetes 62.

Blanes.—C. M. Id. 5 por paquetes. Pagado el 406.

Pedroso.—A. B. Id. 3 por íd.

Fuenterrobles.—V. Ch. Id. 2 por suscripción.

Arahal.—F. P. Id. 10 por paquetes (4 de E. G. y 6 tuyas). Pagado el 407.

Torrelavega.—P. Z. Id. 21; libros 8 y paquetes 13. Id. el 407.

Belmez.—J. R. Id. 20; *La Obra*, de Buenos Aires, 3'50; *Acracia* 1'50; donativo 1 y paquetes 14.

Ferrol.—E. C. Id. 13'15; excursión 7'15 y paquetes 6.

Sarreal.—J. B. Id. 2 por suscripción.

Dehesa.—F. G. Id. 8; excursión 1'60 y paquetes 6'40. Pagado el 394, sobran 0'40.

Vega.—L. T. Id. 6; libros 2 y paquetes 4.

Utiel.—S. V. Id. 4 por suscripción.

Huelva.—A. M. Id. 2 por íd.

Las Arenas.—I. E. Id. 4 por paquetes.

Santander.—J. M. Id. 5 por íd.

Manzanares.—J. C. Id. 54, más 1'25 que te adeudábamos son 55'25; folletos 10'10 y paquetes 45'15. No recibimos carta.

Zaramillo.—L. S. Id. 5 por suscripción.

Alcalá de los Gazules.—A. T. Id. 6; folletos 3; excursión 1 y suscripción 2.

Balance del número 408

INGRESOS

	Pesetas
Por paquetes	435'20
Donativos	15'10
Venta	51'15
Total	501'45

GASTOS

Déficit del número 407	934'55
Impresión del número 408	550'00
Franqueo	17'00
Por hacer el correo	15'00
Total	1516'55

RESUMEN

Suman los gastos	1516'55
Id. los ingresos	501'45
Déficit para el número 409	1015'10

Imp. GERMINAL, Ronda San Pablo, 36

Montjuich: La Casa editorial «Publicaciones de la Escuela Moderna», ha editado un interesante libro de 208 páginas, que contiene la historia del fatídico castillo, con la enumeración de los célebres procesos confeccionados en el mismo y las torturas aplicadas a inocentes procesados.

El libro véndese a *1'25 pesetas* ejemplar y puede servirse por esta administración.

Publicaciones de LA ESCUELA MODERNA

Por la Administración de TIERRA Y LIBERTAD, mediante pago anticipado, se servirán las siguientes obras:

ENCUADERNADAS: a 2 PESETAS

Las Aventuras de Nono, por Grave.
El Niño y el Adolescente, por Michel Petit.
Origen del Cristianismo, por Malvert.
Alementos de Aritmética, 2 tomos, 4 ptas.
Resumen de la Historia de España, por Nicolás Estévanes.
Nociones de Idioma Francés, por Bonnard.
Geografía Física, por O. de Buen.
Pequeña Historia Natural. por O. de Buen.
Mineralogía, por O. de Buen.
Petrografía y Vida actual de la Tierra, por O. de Buen.
Edades de la Tierra, por O. de Buen.
Nociones sobre las Primeras Edades de la Humanidad, por G. Engerrand.
Evolución Super Orgánica (La Naturaleza y el Problema Social), por E. Lluria.
Humanidad del Porvenir, por E. Lluria.
Psicología Etnica, por Ch. Letorneau, 4 tomos, 8 pesetos.
La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf Javal.
Tierra Libre (cuento), por Grave.
La Escuela Nueva, por Elslander.
Hacia la Unión Libre, por Naquet.
República Francesa y Vaticanismo, o la Política Religiosa en Francia, por Mater.
La Evolución de los Mundos, por Nergal.
Historia de la Tierra, por Souerwein.
El Origen de la Vida, por Pargame.
La Evolución de los Seres Vivientes, por Ruben y Laverne.
La Escuela Moderna, por Ferrer Guardia.
Cómo se forma una inteligencia, por el doctor Toulouse.
Las Razas Humanas, por Engerrand, con varias láminas.

A 1'50 PESETAS

La Iniciación Sexual.
El Catecismo de la Ciencia (Lo que la Ciencia nos enseña), por Edmund, en cartoné.
Las Razas Humanas, por Engerrand, con profusión de láminas intercaladas.

EN RUSTICA: A 1 PESETA

El Niño y el Adolescente, por Petit.
Origen del Cristianismo, por Malvert.
Humanidad del Porvenir, por Lluria.
Las Clases Sociales, por Malato.
Tierra Libre, por Grave.
Floreal, drama social en 3 actos por Chadon.
El Infierno del Soldado, por Jean de la Hire.
Cómo haremos la Revolución, por Pataud y Pouget, dos tomos, 2 pesetas.
Evolución Proletaria, obra póstuma de Lorenzo. Un precioso tomo con el retrato de autor.

A VARIOS PRECIOS

Montjuich, 1'25 pesetas.
Botiquín Escolar, por Martínez Vargas, 0'50.
Análisis de la Cuestión de la Vida, por Antonio Pellicer Paraire, 0'75.
Génesis y Evolución de la Moral, por Letourneau, 0'75.
La Moral Anarquista, por Kropotkine, 0'25.
En el Café, por Malatesta, 0'25.
En Guerra, idilio, por Malato, 0'40.
La Mujer y la Revolución, por Stackelberg, 0'15.
Ferrer, páginas para la Historia, 0'20.
La Confederación General del Trabajo en Francia, por Pouget, 0'30.
Estudio Crítico-biográfico de Anselmo Lorenzo, por Tarrida del Mármol, 0'25.
¡Dios! por F. Suñer y Capdevila, 0'25.
La Pedagogía de Francisco Ferrer, por el Dr. Antich, 0'50.
Postal Pax, por Sagristá, tricomía, 0'15.
Postal del Monumento a Ferrer en Bruselas, 0'10.

RETRATOS

Ferrer en busto y de cuerpo entero, 50 por 32, 0'60.—Kropotkine, 0'60.—Joaquín Costa, 0'60.—Fermín Salvochea, 0'60.—Francisco Pí y Margall, 0'60.—León Tolstoy, 0'60.—Juan Jaurés, 0'60.—Emilio Zola, 0'60.—Máximo Gorki, 0'60.—Eliseo Reclus, 0'40.—Bakounine, 0'40.—Cervantes, 0'50.

LOS GRANDES PENSADORES

Tomos publicados.—A 0'60 cada uno

Víctor Hugo—Páginas Escogidas. Pí y Margall—Las Clases Jornaleras. Voltaire—Miscelánea Filosófica. Proudhon—La Propiedad. F. Laurent—Crítica del Cristianismo. E. Benot—Temas Varios. Eliseo Reclus—El Hombre y la Tierra (Fragmentos). Renan y Berthelot—Las Ciencias Históricas y las Ciencias Naturales. Emilio Zola—Crítica Social. Michelet—De los Jesuítas. Flammarión—La Vida. Diderot—La Religiosa. F. Lamennais—Palabras de un creyente. Kropotkine—Palabras de un rebelde. J. J. Rousseau—El contrato social. H. Spencer—Creación y evolución. J. Jaurés—El Socialismo. Stuart Mill—El utilitarismo. C. Volney—Las ruinas de Palmira (2 tomos). Darwin—El Hombre y su origen. Tolstoy—La gran tragedia. Teixeira Bastos La Familia. Salmerón y Pí y Margall—La Internacional.